

CARTA AL PAPA JUAN PABLO II

Sacerdotes Mexicanos

Querido hermano nuestro Juan Pablo II: te deseamos el favor y la paz de Dios nuestro Padre y de Jesucristo el Señor.

Nosotros, presbíteros mexicanos, comprometidos en el trabajo pastoral y sensibles a los desafíos de la nueva evangelización a la que tú nos has convocado, nos dirigimos a ti, sucesor de Pedro, "enviado como pastor de todos los fieles para procurar el bien común de la Iglesia universal y de cada Iglesia" (CD 2). Lo hacemos con plena confianza y libertad, conscientes de tu solicitud por todas las Iglesias y alentados por tu magisterio que evangélicamente ha sido voz de los que no tienen voz.

Tu segunda visita a México nos llena de alegría y esperanza junto con el pueblo sencillo y creyente. Y esto precisamente es lo que nos impulsa a ofrecerte una visión de nuestra realidad desde una perspectiva iluminada por la fe. Nos preocupa que este tu segundo viaje apostólico pueda ser manipulado mediante una presentación distorsionada de la situación de nuestro país y de nuestro pueblo. Queremos darte elementos que, desde nuestra experiencia directa, te permitan completar el panorama que pudieras tener a partir de otros informes, sobre todo de cúpulas sociales y eclesísticas.

1. Por qué hablamos

Nos dirigimos a ti en primer lugar porque nos sentimos corresponsables de la tarea y misión común de la Iglesia en el mundo. Unos trabajamos con indígenas, otros con campesinos o con obreros en parroquias suburbanas o marginales; en sus rostros vemos "los rasgos sufridos de Cristo, el Señor" (Pue. 31ss). Acompañando al pueblo nos esforzamos por anunciar el Reino de Dios según el Evangelio, para la "liberación integral de los pobres y oprimidos" (Pue. 695).

En segundo lugar, porque esta comunicación es una manera concreta de vivir y expresar nuestra comunión contigo y con nuestros obispos. Con ellos dialogamos "sobre las necesidades del trabajo pastoral y sobre el bien de la Iglesia" (PO. 7); y ahora, con ocasión de tu visita pastoral a México, deseamos compartir nuestras preocupaciones pastorales con el papa como obispo de Roma, quien preside la comunión en la caridad de todas las Iglesias.

En tercer lugar, porque, desde la cercanía con "los gozos y esperanzas, tristezas y angustias" de nuestro pueblo, nos aguijonea la dolorosa experiencia de la vida los pobres y la forma como son golpeados por la situación de crisis; eso nos mueve a presentarte con la más filial confianza algunas de nuestras preocupaciones e interrogantes. ¿Qué podemos hacer para colaborar al fruto pastoral de tu visita? ¿Cómo podemos ayudar a evitar que tu visita sea utilizada por los poderosos para defender sus intereses económicos o políticos? ¿Cómo impulsar la invitación hecha ya por nuestros obispos y aceptar y asumir la causa de los pobres, como si estuviésemos aceptando y asumiendo su propia causa, la causa misma de Cristo?.

2. Cómo vemos la situación del pueblo.

La nación que ahora te recibe no es la misma de hace once años. La crisis económica se ha agudizado para las grandes mayorías de nuestro pueblo, cada día más empobrecido. Sin embargo, a partir del sismo de 1985 surgió con nueva fuerza una sociedad civil que manifestó su decisión de participar organizadamente en la solución de los graves problemas que la aquejan. El 6 de julio del 88 nuestro pueblo manifestó claramente, por un lado, el rechazo al sistema del partido en el poder, causante del deterioro social y, por otro, su clamor a favor de una verdade-

ra democratización en todos los niveles de la vida social, así como su voluntad de llevarla a cabo; con eso se inició una revolución democrática en la vida del país, y una nueva esperanza y alegría. Nos alegra igualmente la creciente participación del pueblo en movimientos apostólicos, en comunidades eclesiales de base, la creciente toma de conciencia sobre las causas de su precaria situación, y las acciones de movilización, tanto en nuevas organizaciones independientes como en partidos políticos escogidos por ellos mismos.

a) Campesinos e indígenas.

Los sacerdotes que convivimos con indígenas hemos sido testigos del abandono económico y social en que ha caído el campo en la última década. Uno de los máximos responsables de los programas oficiales de este sector ha afirmado recientemente que "la expresión genérica en el campo es crisis, miseria, la más aguda de su historia. Otro experto ha confesado que "ni en la colonia, ni en el México independiente se registraron daños tan grandes como los que sufre actualmente el agro mexicano". En efecto, se ha desplomado la producción de alimentos: maíz, frijol, trigo, arroz. Se han tenido que importar estos granos del extranjero, gastando en ello en 1989 la mitad de lo que ha obtenido nuestro país por venta de hidrocarburos.

Los campesinos, que subsistían apenas con lo indispensable, ahora padecen, además, desempleo abierto, subempleo raquítico, y emigran continuamente de los pueblos hacia los cinturones de miseria de nuestras ciudades o al extranjero. El caciquismo, apoyado por los poderosos, en continua violación de los derechos de los campesinos, que tú ya deplorabas en tu mensaje del 79, agrava aún más las penalidades de estos hermanos nuestros. Oirás hablar de nuevas inversiones y de nuevos programas para el campo; pero, por desgracia, hasta ahora esos programas han beneficiado más bien a los grandes terratenientes, que producen para la exportación.

b) Indígenas

Los sacerdotes que ejercemos nuestro ministerio en medio de poblaciones indígenas compartimos su mismo desamparo, pero también constatamos en ellos una rápida toma de conciencia sobre el origen de su situación, sobre sus exigencias actuales, y sobre el futuro esperanzador por el que luchan.

Al reflexionar los indígenas sobre el origen histórico de su despojo y miseria, están constatando que fueron los colonizadores quienes les arrebataron "la tierra y la riqueza indígena. Han impuesto por sus armas, su fuerza, sus animales (perros y caballos), sus conocimientos. Nos han maltratado, nos han reducido a la esclavitud, nos han oprimido. No han dado valor a nuestra cultura y a sus valores" (Consulta Indígena, CENAMI, del 20 al 24.04.87).

No es raro, entonces, que diversos grupos indígenas con los que estamos comprometidos y a los que acompañamos, estén pidiendo "que no se celebre como fiesta el V Centenario de la evangelización. Que más bien se pida perdón al indígena por lo acontecido. Que la Iglesia luche con mayor energía por rescatar todo lo que les ha sido robado a los indígenas: la tierra, su organización social, su libertad, su cultura" (Ibid.)

Los indígenas y los campesinos pobres de nuestro país no han podido olvidar que la misma Iglesia llegó a manipular en otro tiempo la fe cristiana justificando moralmente el robo de las tierras y el avasallamiento de los indígenas. Descubren ahora que la Iglesia no ejerció su

papel profético sino en contadas figuras históricas entre los primeros misioneros, como Pedro de Gante, Motolinía, Tata Vasco, Fray Juan de Zumárraga Fray Bernardino de Sahagún y, sobre todo, Fray Bartolomé de las Casas. No olvidan los indígenas que en el siglo XVI la Iglesia y el Estado estaban unidos y que la fuerza del estado colonialista hizo prevalecer sus intereses aun sobre la Iglesia. No quieren ni pensar en que puedan volver a unirse.

Por el contrario, campesinos pobres e indígenas desean una Iglesia que se atreva a examinar el papel justificador que desempeñó, sin tomar conciencia entonces, en la conquista, en su despojo de tierras y en su marginación. Desean ver una Iglesia que ya no se atreva ni a pensar que la conquista fue un instrumento divino para la evangelización, "que ya no predique a un Dios conquistador, que domina evangelizando, y que para evangelizar destruye o desvaloriza la religiosidad, cultura, ritos y mitos a nombre de una "religión superior" (Consulta).

Nuestros hermanos indígenas quieren ser entendidos y atendidos por la Iglesia en sus verdaderos problemas, pues han dicho: "La totalidad de la Iglesia mexicana no reconoce que su silencio sobre la explotación es una falta pastoral. "Es como si tuviéramos un cristianismo extranjero que no se preocupa de nuestra vida, un cristianismo no-encarnado. Somos tratados siempre como desconocidos. La Iglesia no acepta nuestros problemas reales como problemas de la Iglesia" (Consulta). Pueden dolernos estas voces críticas, pero no podemos desconocerlas.

c) Trabajadores y pobladores.

Los sacerdotes que trabajamos en los barrios obreros y colonias populares de las ciudades somos no sólo observadores, sino confidentes y participantes de sus inquietudes, sufrimientos y preocupaciones.

Al trabajador le preocupa su subsistencia, por lo mismo, su salario. Desde 1979, hermano Juan Pablo, el poder adquisitivo del salario de los trabajadores mexicanos ha decaído un 52 por ciento. En México el capital ha tenido siempre la primacía en el reparto del ingreso nacional, y sus ganancias aumentaron del 50.6 por ciento al 65 por ciento. Mientras, entre 1980 y 1989, los trabajadores vieron disminuir su parte del 40.8 por ciento al 27.7 por ciento. Ni los poderes públicos ni los empresarios, ni la misma Iglesia hemos sido capaces de atender la enseñanzas sociales que tú mismo has esclarecido en tu Encíclica sobre el Trabajo, en la que afirmas: "La jerarquía de valores, el sentido profundo del trabajo mismo exigen que el capital esté en función del trabajo y no el trabajo en función del capital" (LE. 23).

El salario mínimo legal no alcanza, Padre Obispo Juan Pablo, para el sustento básico de una familia media obrera. Nuestra gente apenas subsiste medio comiendo, ayudándose con varias remuneraciones, haciendo trabajar a los hijos antes de tiempo, empleándose tiempo extra en ocupaciones precarias.

Solamente la ayuda mutua familiar que palia heroicamente estas carencias, la emigración clandestina al extranjero y la represión abierta o selectiva han sido capaces de contener el estallido de esta miseria. Pero en los barrios somos testigos de rabias, de rebeldías, de lágrimas, de hogares rotos por el hambre, del abandono de los niños y de la muerte prematura en la impotencia, la desnutrición y la enfermedad. Somos testigos del crecimiento de los robos, los asaltos, las lesiones, la delincuencia juvenil, y de la desorientación y frustración de los jóvenes sin trabajo remunerador que se ligan en bandas, y tratan de subsistir en ocupaciones de subempleo: vendiendo chicles, lavando coches, cargando bolsas, lustrando zapatos, y también tragando fuego en las esquinas... ¡Y cada año son un millón más los que buscan empleo!

Ante la escasez y avaricia de los inversionistas nacionales, y queriendo promover las exportaciones a cualquier precio, se ha recurrido a abrir nuestro país a las inversiones extranjeras que han traído sobre todo maquiladoras. Estas empresas, en su mayoría fronterizas, han crea-

do problemas familiares y morales serios que nos han rebasado pastoralmente, producen ocupaciones raquíticas, aprovechan la mano de obra más barata del mundo y fomentan la desorganización de los trabajadores y de sus familias.

Los trabajadores en México, Padre y Hermano Juan Pablo, no han podido ejercer su solidaridad en libertad. La mayoría de los trabajadores está sin organización sindical. Los sindicatos existentes, en su mayoría, siguen manejados por los patrones, por intereses políticos corporativos, por líderes impuestos. En esto más bien han empeorado los trabajadores desde tu encuentro con ellos en Monterrey en 1979, donde ya les advertías: "Los sindicatos no tienen carácter de 'partidos políticos' que luchan por el poder y no deberían ni siquiera ser sometidos a las decisiones de los partidos políticos o tener vínculos demasiado estrechos con ellos". ¡Cuántos trabajadores han caído desde entonces víctimas de su lucha por su emancipación sindical y por su verdadera democratización! Pero nuestra Iglesia no ha dado señales de acompañarlos en su liberación, y el régimen político sigue buscando sustentarse en la falta de democracia de la organización.

Reflexionando con los obreros hemos observado que esta situación se ha agravado para la clase trabajadora por el pago de nuestra enorme deuda externa, por la inflación y por la imposición de un modelo neoliberal de transformación económica que quiere dar a nuestro país una "modernización" que consiste en poner en manos de los empresarios privados todas las empresas, y también el poder del reparto de sus frutos, para exportar y competir en el mercado global internacional.

¿No ha llegado ya el momento de que la Iglesia proclame la llegada del Jubileo, del Año de Gracia del Señor? Poco se ha dejado oír la voz clara de la Iglesia sobre la inmoralidad de una deuda externa impagable, cuyos intereses han sido aumentados unilateralmente por parte de los países acreedores cuantas veces han querido. ¿No ha llegado también el momento de que la Iglesia diga una palabra profética de denuncia respecto de la fuga de capitales nacionales por parte de los grandes ricos de nuestros países, a costa del mayor empobrecimiento de los pobres, hipotecando su futuro en favor de sus mezquinos intereses? ¿No ha sido la Iglesia cómplice con su silencio, dada la carencia de instrumentos legales que lo impidan?

3. Iglesia y pueblo

Todavía son problemas que nos preocupan: ¿Cómo formar obreros y campesinos o indígenas evangelizadores de sus compañeros y comunidades? ¿Cómo acompañar a nuestra población mayoritariamente joven en los problemas de educación y de trabajo, que los llevan a la desesperanza? ¿Cómo acompañar las nuevas iniciativas populares que buscan la liberación de su tradicional manipulación política? ¿Cómo promover y apoyar la participación de nuestras hermanas las mujeres en lo social, laboral y eclesial? Es urgente una pastoral obrera y una pastoral de la tierra. La pastoral indígena está abriendo nuevos caminos de evangelización liberadora y necesita ser apoyada franca y comprometidamente, ya que los indígenas siguen siendo los más pobres entre los pobres.

El pueblo pobre vive inmerso en una religiosidad popular que se presta a manipulación, y cuyas demandas agotan a nuestros compañeros sacerdotes en un ministerio frustrante que no alcanza ni a satisfacer dichas demandas, ni a llenar sus propios deseos de evangelizar integralmente. En esta situación se hace sumamente difícil emprender la tarea de una nueva evangelización, tarea que por desgracia no ha sido suficientemente impulsada en nuestro país.

No es alentador para los presbíteros, mientras tanto, ver elevados a la plenitud del sacerdocio a compañeros que no han tenido la experiencia vivencial del contacto prolongado y directo con el pueblo, ni el e-

jercicio de la opción por los pobres; más todavía, que en muchas ocasiones carecen de la más mínima sensibilidad pastoral y se oponen a las grandes líneas y compromisos del Vaticano II, Medellín y Puebla.

Ojalá que no haya quien pretenda inducirte a atacar a un fantasma inexistente: la supuesta 'Iglesia Popular', que no existe en el país. Puebla mismo aclaró el sentido correcto en que podía entenderse el término; pero el término ha sido utilizado para deslegitimar auténticos compromisos cristianos con el pueblo. Por nuestra parte siempre hemos afirmado ser parte de la única Iglesia, a la que amamos y con la que comprometemos nuestro destino. Pero, como tú, la queremos más viva y comprometida con la causa de los pobres. Por eso experimentamos una profunda alegría ante el compromiso creciente de laicos y religiosas con el Evangelio. Tenemos la certeza de que las CEB's, en comunión con los pastores, 'focos de evangelización y motores de liberación y desarrollo' (Pue. 96), son el mejor antídoto contra la invasión de las sectas, que tanto nos preocupa a todos.

Hay problemas que nos impone nuestra ubicación geopolítica: Estados Unidos echa sobre nosotros la solución de sus problemas, disfrazados de "seguridad", y su imperialismo, bajo el pretexto del tráfico de drogas y salvaguarda de la democracia, y hostiga, discrimina y explota a nuestros inmigrantes según su conveniencia. A América Central, hostigada por el injusto imperialismo del coloso del norte, intervenida y aún invadida muchas veces, no se le permite arreglar sus problemas a su modo. Como Iglesia no hemos sido claros en acompañar al pueblo en su legítimo antiimperialismo, y hemos tenido miedo a fomentar la solidaridad con los pueblos oprimidos de América Central. Ojalá nos ayudes, con tu misma definición, a distanciarnos del Imperio. Muchos temen que esté habiendo bastantes coincidencias entre el modo de actuar de la Iglesia y el del Imperio. En nuestra Iglesia ha prevalecido el aislacionismo y no ha dado suficiente consideración y apoyo a las mejores posiciones y acciones de la política exterior mexicana.

Y en nuestro país hay un tema ante el que hay una gran sensibilidad: el de las relaciones Iglesia-Estado. Ni el pueblo ni los agentes de pastoral hemos sido consultados sobre este asunto; todo se ha llevado adelante, deliberadamente, entre cúpulas eclesiológicas y políticas. De esta manera se deja al margen al pueblo, y no se atiende al asunto fundamental: el de la relación Iglesia-Estado en función del bien del pueblo, y no en función del estatuto público de la Iglesia.

¿Cómo rehacer la credibilidad de la Iglesia entre gentes conscientes de nuestro pueblo que vieron, desconcertadas, la legitimación que varios obispos, encabezados por el Delegado Apostólico, dieron al partido oficial y al gobierno asistiendo a la toma de posición del Presidente, que subió al poder a través de unas elecciones consideradas ilegítimas?

4. Frutos pastorales

Estamos seguros de que no te dejarás llevar de una fácil euforia por las aclamaciones de grupos y medios de comunicación masiva, que querrán asignarte un papel mesiánico triunfalista. Oirás nuevamente la aclamación: "Juan Pablo segundo: te ama todo el mundo"; o aquella otra: "Juan Pablo, amigo, México está contigo". El pueblo pobre mayoritario espera de ti un mensaje profético, de anuncio y de denuncia. Sería grande su desilusión si no nos dijeras una vigorosa palabra, que vaya aún más allá de lo que tú mismo has dicho ya sobre varios puntos muy importantes para la vida de la Iglesia y para el futuro de la fe en el Señor Jesús en nuestra patria; máxime cuando la Iglesia ha bajado el tono en sus declaraciones, tal vez a causa de las negociaciones sobre las relaciones Iglesia-Estado;

- Una palabra de aliento a las Comunidades de Base, vistas a veces con desconfianza por algunos pastores, más dolorosa cuanto que podrí-

an ser el mejor instrumento para que nuestro pueblo pobre y oprimido pudiera defender su fe del embate de las sectas;

- una palabra de impulso a la opción preferencial por los pobres, particularmente por los jóvenes pobres, mayoría en nuestra patria, que nos impulsara a asumirla como fuente de espiritualidad y de experiencia del Dios de Jesús;

- una palabra penitencial en torno a la celebración del Quinto Centenario, que abriera nuevos espacios de esperanza a nuestros hermanos indígenas, golpeados y despojados secularmente;

- una palabra de fuerza a los campesinos en sus luchas por liberarse de caciquismos ancestrales opresivos, y por tener en sus manos la tierra que el Padre mismo les reserva para vivir en condiciones menos indignas de su condición de hombres y de hijos suyos;

- una palabra exigente y denunciadora ante la fuga de capitales nacionales al extranjero y ante la impagable Deuda externa que ahoga nuestros mejores esfuerzos de crecimiento y que tiene como consecuencia, como tú mismo dijiste, "países ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres" (Pue. 30); sobre estos puntos aún no se ha pronunciado nuestra Iglesia aquí en México;

- una palabra de apoyo a los múltiples Comités pro Derechos Humanos que van surgiendo y consolidándose en diferentes partes del país, como instrumento de lucha por la vida en toda su integridad; una palabra de ánimo a los obreros, agobiados por la pérdida de valor adquisitivo de sus salarios, sumidos en la desesperanza y pasividad ante la corrupción existente en los sindicatos oficiales, y oprimidos por la anti-evangélica sobrevaloración del capital sobre el trabajo;

- una palabra de valor civil en este doloroso tránsito de nuestra patria hacia la democracia propia de una sociedad plural, temerosa frente a la represión que parece el destino ineludible de la oposición al proyecto político oficial.

Padre Obispo Juan Pablo: te hemos confiado nuestras preocupaciones; te hemos manifestado lo que llevamos en el corazón desde un contacto que trata de ser evangélico con nuestro pueblo oprimido y creyente. El nos ha evangelizado y nos ha dado la experiencia de la presencia y de la acción del Dios vivo "por Jesucristo liberador, en el corazón de América Latina" y, en particular, de nuestra patria. Nos ha ayudado a percibir la acción del Espíritu que "suscita los anhelos de salvación liberadora en nuestro pueblo" (Pue. 201) y nos ha hecho creer "en el poder del evangelio... en la gracia y en el poder del Señor Jesús que penetra la vida y nos impulsa a la conversión y a la solidaridad" (Mensaje de Puebla, n.9).

Pedimos a María de Guadalupe, Patrona de nuestra Patria y de América Latina, que te acompañe en este viaje apostólico y te haga instrumento de la evangelización liberadora "que se va realizando en la historia, la de nuestros pueblos y la nuestra personal y que abarca las diferentes dimensiones de la existencia, lo social, lo político, lo económico, lo cultural y el conjunto de sus relaciones" (Pue. 433).

¡Que el Dios de la esperanza te siga llenando de cumplida alegría y paz en la fe para que abundes en esperanza por la fuerza del Espíritu Santo (Rom 15,13) y para que nos ayudes a renovarnos en ella durante tu segunda visita apostólica a nuestra Patria!

Rogamos tu bendición. México, D.F., 19 de marzo de 1990, fiesta de S. José.

J. Ascensión Hernández, Fr. Miguel Concha Malo O.P., Francisco Clavel Gil, Luis G. del Valle SJ., Jesús Ramos pbro., Fr. Gonzalo Balderas O.P., Carlos Bravo SJ., Manuel Velázquez H. pbro., J. Guadalupe Gallardo y 434 firmas más.